

Sección de Notas

LA LIBERTAD DE LA INTELIGENCIA Y EL PENSAMIENTO DE ANDRÉ MALRAUX

(A PROPÓSITO DE LA APARICIÓN DEL VOLUMEN I DE "LA METAMORPHOSE
DES DIEUX")

La actualidad del pensamiento de André Malraux, incluso su validez crítica, no participa ni se nutre de su significación política. La primera premisa necesaria a todo ánimo racional que quiera acercarse al pensamiento de Malraux, es la que le exige adoptar idéntica disposición de la inteligencia a la que el autor de *La métamorphose des dieux* adopta frente a todas las realidades humanas sobre las que ha proyectado su espíritu.

Sólo desde esta actitud de la razón, que sólo acepta los espaciosos límites de la fe y el dogma, podemos explicarnos que un novelista que se impuso, en el año 1933, a una sociedad representada por Gide, Claudel y Mauriac —que escribió en su *Journal*, en 1933: "Vivimos en una sociedad extraña; es vieja, se aburre, perdona a quien sabe distraerla, aunque sea atemorizándola... El talento la desarma. He aquí un muchacho que desde la adolescencia se ha enfrentado con ella... con un puñal en la mano. Pero no importa. Tiene talento; tiene más talento que cualquier otro de su misma edad... En el año de gracia de 1933, un hermoso libro lo llena todo..."—, con la publicación de la *Condición humana*, después de publicar *Los conquistadores*, *El tiempo del desprecio*, *Camino real*, *La espera*. Sobre el fondo dramático de la guerra española, y *Les noyers d'Altenbourg*, se dispusiera a alzarse sobre el nivel de los mejores historiadores de nuestra época, y sometiera a revisión todos los conceptos y criterios de la crítica histórica en *Las voces del silencio*, y, últimamente, en *La metamorfosis de los dioses* —todavía no publicada en su integridad—. No puede llamarnos la atención que después de 1935, con excepción de *Les noyers d'Altenbourg*, Malraux reanude la revisión de la civilización y cultura occidentales, puesto que su primer libro, *La tentación de Occidente*, es ya una crítica del dualismo Oriente-Occidente, que hoy, desde la situación de nuestra cultura, cuyo proceso muchas veces parece tener empeño en desvirtuar sus orígenes estelares, puede parecernos irreductible.

Este me parece el lugar apropiado para señalar la primera característica interna de la obra de André Malraux: la tendencia a la renova-

ción moderna de la épica humana, que no sólo podemos encontrar con comodidad en sus novelas, sino que también existe en sus libros de crítica histórica o cultural. “La épica nace del mito —escribe Hermann Cohen, en *Aestetik des reinen Gefühls*— como un pueblo brota del caos de las invasiones... Para que un poeta moderno pudiese planear algo épico tendría que surgir antes un mundo nebuloso, del cual, como *de un cosmos brotara lo épico como por encanto.*”

Es cierto que lo épico necesita más de una concepción de la peripetia humana, para realizarse, que de una gama de circunstancias concretas que influyen en el poeta, siguiendo ideas caras para Américo Castro. Pero en Malraux encontramos ese “mundo nebuloso” que en su mente de europeo racionalista cría la admiración y el asombro ante la cultura y formas de vida orientales, por un lado, y de otro lado, la fraternidad violentamente impulsiva por la situación social de masas fantásticas de hombres que han perdido la dignidad, en su miseria. Pero ese “mundo nebuloso”, necesario para una creación épica, existe también en sus libros no literarios, cuando de la informe diversidad de estilos, formas y expresiones artísticas del espíritu humano, sin límites de tiempo ni de espacio, Malraux cría la nueva visión de un orden, de un eje ordenador que rige la vida imperecedera de movimiento continuo del pensamiento humano.

Diríamos que Malraux ha buscado en los estudios culturales la expresión del hallazgo secreto de sí mismo, del contenido de su biografía: “la historia de su facultad transformadora”. ¿Pero en qué consiste esta “facultad transformadora”; qué es lo que se transforma en Malraux?

Malraux, diremos, transforma en sus libros su mito íntimo, da forma, *cría* —diremos con expresión de Nebrija— el contenido de su personalidad, da forma a todo cuanto de confuso y desordenado desde su interior le impone la urgencia de crear, Malraux expresa para crear, no crea para expresar, para expresarse.

Es aquí donde se engasta su singular significación para nuestra hora, en la literatura y el pensamiento de nuestro tiempo.

La novela le llevó a construir el mito de la condición humana moderna, que no sabe cómo emplear sus posibilidades. La crítica cultural sirvió a Malraux para urdir la compleja trama de valores con andadura para nosotros, pero distintos de los que crearon la civilización, que, siguiendo a Malraux, podríamos definir como un proceso doble: por una parte, de asimilación parcial y condicionada de los valores del pasado, y, por otra parte, la formación de una conciencia suficiente que ha impedido una comprensión plena y fraternal de otras civilizaciones.

Quizá se puede pensar que al temperamento impetuoso de Malraux más le convenía el impulso creador de la novela que la verificación racional de principios históricos y culturales. Gaëtan Picon, en sus estudios sobre Malraux, insiste en presentarnos a un hombre lleno de impulso y de pasión, un hombre entregado al gozo de la acción por la acción misma. Claude Mauriac intenta definir su vocación de héroe con voluntad de mito. Charles Moëller nos ofrece un Malraux atento a la miseria humana, a la indignidad de la condición humana degradada por la humillación que impone la miseria y la deshumanización; quiere que veamos en el autor de *Los conquistadores* a un *hagiógrafo homérico* de la revolución. Pero ninguno de estos autores se ha preguntado el porqué del cambio de género literario en la obra de Malraux: de la novela a la crítica histórica.

Cambio de género literario, no de contenido. No puede decirse, sin faltar a una profunda objetividad del pensamiento de André Malraux, que Gidors, Garin, Perken, no tenían nada que ver con las estatuas o las figuras artísticas evocadas por Malraux, no es menos cierto que los personajes de sus novelas alcanzan también la intemporalidad por ser —en su mayor número— personificaciones de fuerzas humanas primarias; con otras palabras: porque en su mensaje dan fe de posibilidades humanas que son el fundamento de un orden natural pleno de realidades, maduro para la plenitud.

Pero ¿es que hay ruptura, solución de continuidad en este cambio externo de la obra de Malraux? ¿Nos encontramos ante una mutación brusca de su transformación intelectual? O, por el contrario, ¿existe continuidad entre el novelista y el historiador?

Malraux publica, en 1933, *La condición humana*; en 1935 comienza a trabajar sobre el *Museo imaginario*. No hay pausa ni solución de continuidad en el tiempo. Para establecer la unidad entre el novelista, si se quiere el hombre de acción, y el historiador nos bastará con citar uno de sus comentarios al libro de Gaëtan Picon, *Malraux, par lui-même*, dice así: “La dignidad fundamental del pensamiento la encuentro en la acusación de la vida, y todo pensamiento que justifica el universo se envilece, puesto que es algo distinto a una esperanza.”

Sus novelas son una acusación de la vida hasta sus más profundas raíces, es un planteamiento de la incógnita existencia humana en sus mismas semillas, y sus obras de crítica histórica están muy lejos de justificar el universo del espíritu, el conjunto de las creaciones humanas a través de la historia del arte; está muy lejos de intentar siquiera encuadrar los estilos y las formas, el color y el movimiento del arte, en los cánones clásicos, irreductibles, de nuestra mentalidad occidental.

Otro argumento a favor de la continuidad de pensamiento y obra en